

A veces prosa

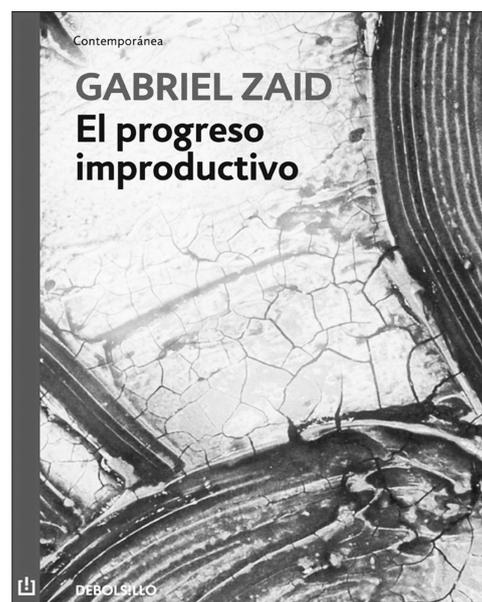
La música que organiza la historia

Adolfo Castañón

I. Cabe pensar que las aportaciones de Gabriel Zaid (Monterrey, Nuevo León, 1934) a la cultura hispanoamericana e hispánica, no solamente a la mexicana, parten de un oficio de la lectura y de una concepción práctica y teórica de la poesía en la práctica. Parten también de una sintaxis entre los saberes y las prácticas sociales. Gabriel Zaid es ante todo un *magister ludi*, un maestro de los diversos juegos de abalorios que se dan en el espacio de la cultura. Es un crítico y un crítico de la crítica, un crítico de las instituciones y, en consecuencia, de los saberes instituidos e institucionales. Es, por ende, un crítico de las corporaciones —ya sea el Estado, los partidos políticos, la Iglesia, la industria del espectáculo o de la universidad como idea y, sobre todo, como aparato—. Paradójicamente, Zaid es un pedagogo de pedagogos cuyas sigilosas lecciones, al igual que las de los antiguos poetas mexicanos, evocados por Miguel León-Portilla, saben cómo hacer que *las palabras se pongan de pie*. Zaid es autor de una obra poética singular y polinizadora; es editor de una antología de la poesía mexicana, el *Ómnibus de la poesía mexicana*, que es ya en sí, en cierto modo, una utopía cultural; es el editor de ensayos de historia y sociología de la cultura —como *Los demasiados libros* o *El progreso improductivo*— que se inscriben en el horizonte de pensamientos críticos como los de Ivan Illich o Marshall McLuhan; es un enamorado de las palabras y de sus orígenes y avatares, o sea, un filólogo, un lector de la tradición literaria y cultural, como muestran sus ensayos sobre poesía; es un maestro de juegos que sabe armar y desarmar modelos, argumentos y trenes teóricos. Es también un señor que sabe leer en bicicleta, es decir, que sabe ir despacio y sabe darse tiempo

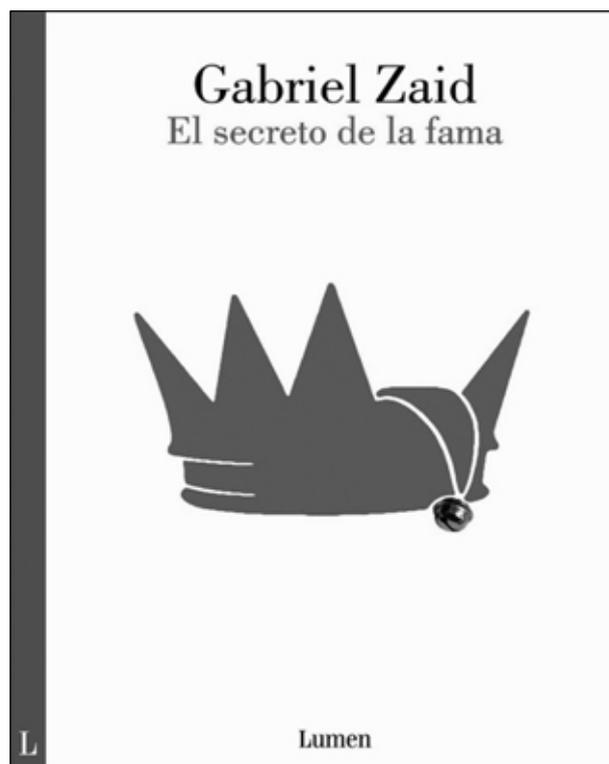
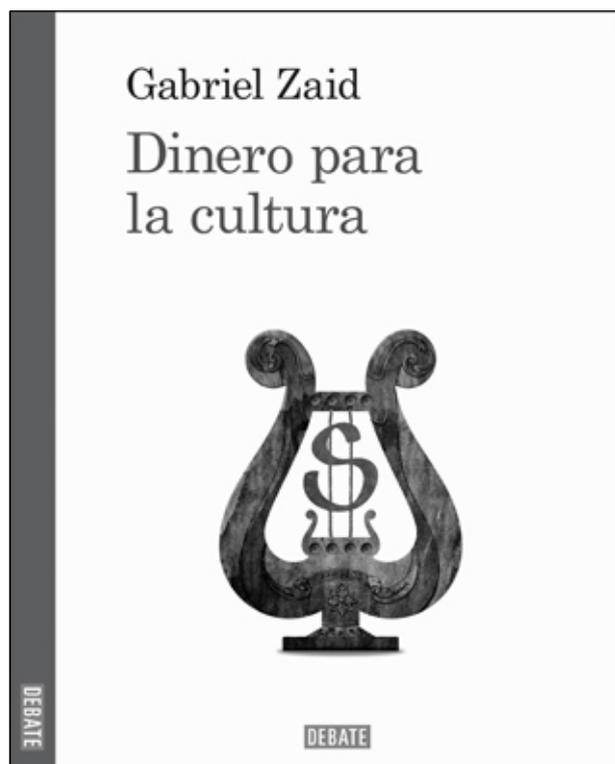


para ver el paisaje alrededor. No es extraño que tenga no pocos lectores dentro y fuera de México, dentro y fuera del idioma. Gabriel Zaid representa a la humanidad del Mediterráneo y del *otro* Mediterráneo asentada en México. Al igual que los antiguos habitantes del desierto, cuyo origen comparte por su raíz palestina, sabe que el mejor guía es el firmamento... Por eso se ha dedicado a examinar la geometría de las constelaciones dadas para ver más y mejor lo que está bajo el cielo. México es un país afortunado. La prueba es que Gabriel Zaid vive y escribe entre nosotros. El hecho de que no se deje ver mucho lo distingue y honra, pero esa conducta que podría parecer desdeñosa no traduce un desprecio hacia las personas, sino hacia el proceso de vulgarización y mercantilización de lo humano y de lo civil que se expresa en la voz “encanallamiento”. Creo que Gabriel Zaid sabe que es varios autores y que sus obras pueden tener diversos públicos; su lector espera que esos públicos sepan con-



vivir entre sí. Diría que una de las claves civiles y poéticas de Zaid es la silenciosa congruencia del que sabe apreciar la belleza de los detalles. La *Cronología del progreso* que propone Gabriel Zaid me hace pensar en aquellas tablas cronológicas de la literatura que tanto le gustaba armar a Pedro Henríquez Ureña para que sus alumnos comprendieran el ritmo, el pulso, la música que organiza la historia de la literatura. Esa música puede hacer pensar en el reloj de los geólogos que saben escuchar el lento desplazamiento, como en tiempo de adagio, de los continentes. Hay que pensar que este nuevo libro puede ser a la vez un logro y un instrumento. Afortunadamente para nosotros, Gabriel Zaid es un hecho y un síntoma.

II. *Cronología del progreso* de Gabriel Zaid es un miligramo intelectual prodigioso, una partícula a la par explosiva e implosiva que abrasa con el fuego blanco de la sagacidad. Con su elegante portada, que pre-



senta tres aros atravesados por una flecha que, a su vez, traspasa una esfera, quintaesencia de algunos de los asuntos cultivados por ese encantador de serpientes intelectuales y de palomas mensajeras que es el autor avatar de la sección Cinta de Moebio, publicada por la revista *Plural*, Gabriel Zaid. Prodigioso porque, como un músico incansable, como es incansable la algarabía de los pájaros al amanecer, el autor afina sus temas hasta llevarlos a producir una cadena de armónicos. El progreso visto desde diversas perspectivas, desdoblado, interrogado, cuestionado, comentado, desmontado como un juguete, como un mecano, por este poeta ingeniero capaz de hacer cantar a las ideas y de convencer al lector de que él también canta... Explosivo porque sus ensayos, escritos con el brío del alegato y la solvencia del *tractatus*, hacen caer y saltar por los aires no pocos lugares comunes: por ejemplo, uno de los más aparatosos, que el pensamiento de los griegos “resucitó” en el Renacimiento, cuando en realidad estuvieron presentes siempre en la Roma tardía y en la Edad Media (como señala Werner Jaeger, varias veces citado por GZ). *Cronología del progreso* es un libro que está en el aire del tiempo. Cabe cotejar sus páginas con las “Innovaciones tecnológicas seleccionadas que cambiaron al mundo” que figura como apéndice número 13

del libro de Miguel Basáñez *Un mundo de tres culturas. Honor, éxito, disfrute* (2016).

Es también *Cronología del progreso* un libro incurablemente optimista, de un optimismo razonable, desdeñoso de las furias apocalípticas y del baboseo dizque barroco. Es un libro de filosofía de la historia y, precisamente, de filosofía del progreso. Un libro crítico. Crítico, por lo pronto, del saber universitario —esa “tertulia enclaustrada” y como muerta antes de nacer por la sombra de los intereses que la enclaustran—, tema asiduo en Zaid... Es, desde luego, un desamor bien correspondido: el pensamiento y la obra de Gabriel Zaid no se enseñan ni en las escuelas de letras (aunque es un crítico activo de las letras mexicanas a través de sus ensayos de historia literaria, de sus antologías y aun de sus propios poemas), ni en las de economía, administración o ciencia política (aunque sea capaz de poner de cabeza a un banquero, y es autor de libros clave como *El progreso improductivo* o *Dinero para la cultura* o *El secreto de la fama*), ni, desde luego, en las de filosofía o de historia donde un libro como este debería estar no sólo en la biblioteca, sino en el botiquín, para limpiar con sus gotas los ojos legañosos de los doctos a sueldo. En el libro se refunden y destilan una veintena de artículos. Un ocioso deporte filológico o editorial sería hacer ver

el haz y el revés de sus tapicerías. Pero eso quedará para la posteridad de los críticos.

Pero si *Cronología del progreso* puede y debe leerse al margen como una historia de los orígenes del saber universitario o colegiado (véanse las páginas sobre la fundación de El Collège de France y la invención de la imprenta como un disolvente o elemento polinizador de la tertulia: “El Estado vio en el rechazo de los humanistas a la universidad, una oportunidad para reducir el poder de la Iglesia, y se lanzó al patrocinio de academias, como los Ptolomeos y los árabes. Francisco I, animado por el humanista Guillaume Budé, patrocinó una especie de antiuniversidad: El Colegio Real de Francia (1530), pronto atacado por la Universidad de París como un grupo de ‘simples gramáticos y retóricos’. Todavía en el siglo XIX continuaba la guerra del Colegio contra ‘el monopolio universitario’. La creación del Colegio, sugerida desde 1517 (año del pronunciamiento de Lutero), se había retrasado porque Francisco I quería empezar con Erasmo, que finalmente no aceptó. (Marcel Bataillon, *Le Collège de France*)”), se puede leer también como una historia de la conversación y de la tertulia o a través de los libros... Esa conversación o diálogo no podía ser más universal: es la de la historia misma de la Humanidad, que, de hecho, se repasa en las primeras páginas del libro.

De acuerdo, *Cronología del progreso* es una historia universal, pero se da también como una guía para ir levantando las capas de las cuales está hecha la humanidad urbana y —cabe imaginar— un alcance propuesto por el proverbial Lector Inquieto —la cronología universal de la urbanidad humana, sus ritos y ceremoniales.

Cronología del progreso es un libro asombroso e inagotable que cabe leer y releer. Por lo pronto, en el ejemplar dedicado que tengo, en la página 160, después del enunciado “2015. La nave espacial Kepler descubrió el planeta Kepler (438B) semejante a la Tierra”, con el cual concluye el libro, me he permitido escribir a mano “2016: Gabriel Zaid: *Cronología del progreso*”. Con este gesto, quisiera indicar que este nuevo libro —y que será nuevo durante mucho tiempo— es un libro sintomático que permite al lector pensar que —y el ejemplo es él: Zaid mismo— *la humanidad se da cuenta*. (Por cierto, para los que se distraen pescando curiosidades, en el índice analítico, el nombre de Johannes Kepler sólo viene referido al astrónomo en la página 114, pero no así el nombre de “la nave espacial Kepler”, p. 160, que en este párrafo aparece cuatro veces).

Uno de los signos que le permiten a Gabriel Zaid abrir las puertas de la comprensión entre pasado y presente, se da en la correspondencia o relevo entre invención mecánica y “confianza en un futuro mejor”: “La gran originalidad del *homo faber* medieval no estuvo tanto en los inventos mecánicos, como en la confianza en un futuro mejor, que aparece por primera vez en la historia con Bernardo de Chartres y más aun con Joaquín de Fiore. La confianza se convierte en crédito: un fuerte estímulo para el desarrollo económico. Se convierte en creatividad para formalizar promesas, riesgos, participaciones. Se formaliza en la letra de cambio, una gran variedad de contratos mercantiles, la sociedad en comandita, la banca crediticia (no meramente cambiaria), la venta de seguros, la contabilidad que amarra por partida doble”.

Zaid es un príncipe de la elocuencia que sabe desconfiar de su propia capacidad de persuasión: sabe regresar del impulso que lo lleva a tener explicaciones para todo,

para ver si en efecto funcionan: es auto-crítico. Avanza, no vacila, en todo caso matiza, da dos pasos hacia atrás para dar tres hacia adelante. Si el lector fuera capaz de leer *Cronología del progreso* como una maquinaria filológica o una serie de mecanismos conceptuales conectados entre sí —en la sed de la historia, idea, génesis, prehistoria, proyecciones de la idea de progreso— quizá sería capaz de advertir los momentos en los cuales el concierto en sol sostenido por Zaid opera una corriente alterna entre progreso y (conciencia) progreso moral: “La conciencia moral también progresa, aunque se hable de retraso y hasta degradación frente al progreso material. Progresa tanto que rebasa la capacidad material. El desarrollo tecnológico, productivo, institucional, no logra mejorar la realidad tanto como exige la conciencia”.

No soy científico ni neurólogo ni filósofo, pero no estoy seguro de la afirmación de Zaid: “La conciencia moral también progresa”. Entiendo o trato de entender lo que esto quiere decir pero no estoy seguro de que “El desarrollo tecnológico, productivo, institucional, no logra mejorar la realidad tanto como exige la conciencia”. Dice Zaid más adelante en esa misma página: “No hay que olvidar la buena conciencia con que se vieron los espectáculos macabros del circo romano y las hogueras de la Santa Inquisición. Hoy tales espectáculos, así como el canibalismo, las masacres, los hornos crematorios, los gulagues, la guerra, la tortura, el maltrato a los animales y la destrucción ecológica se han vuelto intolerables”.

¿Por qué dudo de estas afirmaciones? La TV, el cine, la red, la sociedad del espectáculo, la prensa viven y sobreviven precisamente de ese consumo masivo del espectáculo caníbal. No creo que la televisión y el cine ayuden mucho a la “disminución de las huellas del pecado original”. “Critizando a los progresistas inocentes, Baudelaire escribió: La verdadera civilización no está en la máquina de vapor, está en ‘la disminución de las huellas del pecado original’ (*Mon coeur mis à nu: journal intime* 32)”. Al parecer lo que hacen esos medios es “legitimar el derecho de conquista”, lo cual no favorece a la paz sino a la violen-

cia; lo que hacen esos medios es legitimar el conformismo. No sé si ahora nos tocará a nosotros escribir dos libros nuevos: una historia de las formas en que se han borrado las huellas del pecado original y una historia o cronología de aquellas cosas que han impedido o retrasado el progreso y, sobre todo, el progreso moral (¿qué pensar de los maestros mexicanos humillados y rapados por otros maestros igualmente mexicanos con el pretexto de una reforma educativa que, de facto, realizan los propios medios tecnológicos?). ¿El progreso de la conciencia moral puede verificarse a través de las generaciones o sólo se puede dar en un individuo? ¿Puede tener la conciencia ética un fundamento innato comprobable? ¿La conciencia ética sólo pertenece a los hombres o bien la comparten hasta cierto punto algunos mamíferos superiores? ¿Existen vitrinas para la virtud? La frase de Baudelaire acerca de la posibilidad de borrar “las huellas del pecado original” abre la puerta al tema del mal. Este es un tema que Gabriel Zaid apenas toca explícitamente. ¿Cabría hacer una cronología del no progreso moral, es decir, del mal? Quizás el tema del progreso sería susceptible de desdoblarse en tres estaciones, a la manera teológica de la “Trinidad”.¹ *Cronología del progreso* es un libro hasta cierto punto paradójico en relación con su circunstancia local, ¿hasta dónde la obra de Gabriel Zaid, en sus diversas dimensiones, es objeto de estudio entre nosotros, hasta qué punto no forma parte de la agenda académica?

En *Cronología del progreso*, Gabriel Zaid ensaya una empresa casi imposible: contar la historia, la historia del progreso, en la inteligencia de que “ni una hora bien contada se acabaría nunca de contar”, como diría Juan de Mairena en uno de sus apuntes. **U**

¹ A unas semanas de publicado, el libro ha tenido varias reseñas: “Cambio, tiempo, lo mejor” de Luis Xavier López-Farjeat (“Laberinto”, 21 de mayo de 2016, p. 5), “La lista como poesía” de Julio Hubbard (*Letras Libres*, junio de 2016, p. 64-65) y “Del progreso y la exclusión” de Daniel Rodríguez Barrón (“El Cultural”, 6 de agosto de 2016, p. 8).